

# RELIGION



## CUESTIONES EN TORNO A LA MISA

### PARTICIPACION

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

#### VALOR Y AMPLITUD

Terminada la oración eucarística, todo se orienta hacia la Comunión, otra parte de la Misa, distinta de la Consagración, pero enlazada con ella y formando con ella un mismo todo. Por la una, ofrecemos a Cristo; por la otra, le recibimos sacramentalmente, como portador de Redención. Son los dos actos del sacrificio, el uno complemento y coronamiento del otro; son dos actos que se completan, sin limitarse ni confundirse. «El horizonte del Sacrificio —dice Don Capelle— rebasa infinitamente el círculo de los comulgantes, y la Comunión hace estallar, por la presión de la savia sacramental, la fórmula demasiado simple de una consumación del sacrificio.» No sólo los que comulgan, sino la Iglesia entera está en él, y no se ofrece sólo por los asistentes, sino por toda la Humanidad: *prototius mundi salute*. Es la amplitud ilimitada de

la cruz, los brazos extendidos de Cristo estrechando al mundo entero.

Esto, el ofrecimiento, la Consagración, pero también la manducación de la víctima, la asimilación vital del Cuerpo de Cristo, tiene de suyo un valor sublime, que la hace en su orden la más divina de las acciones humanas. El mismo Cristo insiste sobre ella cuando en el discurso de la promesa —capítulo VI del Evangelio de San Juan—, hablando del Pan de vida, describe sus diversos efectos: la vivificación del alma, la unión que realiza y el poder de resurrección, que lleva consigo. Y en el momento de la institución pronuncia estas palabras significativas: «Tomad y comed». Y en ese *comed* veía la primitiva iglesia la comunicación de la vida de Cristo en su plenitud infalible. «No podemos vivir sin celebrar el *dominicum*», decían los mártires delante de sus jueces, y San Cipriano, pa-